

HELENA SASSONE

1
161.42.56.17.53 - Fax 42.56.08.42
11, Rue Berryer - 75008 PARIS

A.I.C.A.

111

FORMA MORAL

Los museos, los salones de arte y ultimamente, las galerías siempre contribuyeron a la información (y a veces, a la formación) de los públicos más diversos. Del latín, además de figura, disposición exterior, forma también quiere decir modo, norma; acepciones de interés para conectarse con la palabra moral, costumbre y no acto ético, en función de una **gracia artística** despojada de toda connotación **ética**.

Forma moral querría así decir, figura acostumbrada, disposición exterior reconocible y así, sólo la forma o norma no reconocible sería rechazada por un espectador no acostumbrado. La forma moral o la moral de la forma pasaría a convertirse, como sucedió en el pasado, en una apreciación prejuiciada del sujeto. ¿Debe haber en arte una moral de la forma, es decir, debe imponerse una ética de la estética cuando en realidad moral y arte no tienen por qué asociarse? Si el vocablo moral lo asumimos en su significación primigenia, derivada del latín paterno (y no materno, pues es lengua derivada de un imperio) **mos, moris**, la forma del arte reflejaría una moral. El estudio de una sociología del arte revela que, más allá de los usos, gustos y costumbres de un pueblo, auéllos que polarizan el poder político y económico son quienes determinan la tendencia del arte de su época, en la **forma**, en su concepto de norma y como algo que sirva a sus intereses: arte funerario, arte sagrado, arte palaciego (de norma transgredida por el artista; por ejemplo, los retratos, cuando en ellos asoman las tinieblas del alma. "En el arte cobra su expresión la ideología de una determinada clase (...)", escribe Konstantinov. En efecto, la creencia religiosa, las ideas estéticas, las leyes politico-sociales de la clase en el poder siempre orientaron o impusieron un arte y estilo determinados, vamos a decir que la clase dominante impone su propia estética. El futurismo en la Rusia de Lenin contó con el apoyo de Lunacharski, pero el realismo lo abatió. Otro tanto sucedió con la Alemania de un Hitler frustrado en sus peculiares ideas plásticas. El cubismo que contó en España con tantos geniales pintores, fue ignorado durante la etapa franquista para darle paso a un Dalí surrealista, admirado sobre todo por su exhibicionismo. El clasicismo determinó que las formas bellas eran morales; ya Platón en su Banquete afirma que "lo bello reside en el alma". La religión, la mitología, la imitación de la naturaleza eran temas habituales. Las formas tradicionales se fueron grabando en nuestra visualidad (o los sonidos en nuestra

audibilidad) y han dado lugar a clichés sin cuya repetición no reconocemos nada. Marcel Duchamp catalogó el valor artístico como "belleza de indiferencia", ya que sostenía ser el arte un acto de creación libre. De este modo, la moral de la forma en arte debe entenderse como sentido de libertad. Marx decía: "Mi propiedad es mi forma, constituye mi individualidad espiritual".

Se sabe sin embargo, que cuando alguien habla de la "moral de la forma" se está refiriendo al fondo de esa forma, a su contenido, en una dicotomía tan inaceptable como lo halla en el terreno de la creación musical el etnomusicólogo John Blacking, quien expresa: "La forma de la música es su contenido y su contenido es su forma". Esto sería válido para todos los lenguajes artísticos. Más el problema estriba en que esa moral, o fondo, o contenido determinante de una forma, esté impuesto; la ética o ciencia de las obligaciones del hombre no puede ordenar una estética porque la belleza y el arte no son obligaciones; no se puede decretar la forma, es decir, el pensamiento artístico. La verdadera condición de la moral se entienda como costumbre o como cumplimiento de deberes, es la libertad. En tal sentido, un arte oficial no sería moral, no lo sería un arte utilitario, al estar mediatizados por otros fines que la forma como creación libre. La necesaria correlación entre ésta y el pensamiento origina conflicto en el artista que acepta la imposición de la forma en una obra de encargo, o bien, en aquel que trabaja bajo el cercenamiento de la censura.

La sociedad de consumo posee y exhibe sus lenguajes, formas pseudoartísticas cuya oferta cuenta con la complicidad de la demanda. Pero esta solicitud, que parecería de libre escogencia, paradójicamente no es selectiva, pues está manipulada por afanes mercantilistas, empeñados en que circule una cultura de masas cuyo facilismo tanto en la creación como en la contemplación degrada paulatinamente la sensibilidad del receptor. Estas manifestaciones culturales crean un acostumbamiento y vician el criterio, el cual concluye por convertir lo cuantitativo en cualitativo.

del hombre medio asume lo que acepta la mayoría. Pero, cuando el realizarla es un acto plenamente desiderativo, un acto libre del conocimiento.

la crítica

La mente

queremos (2)